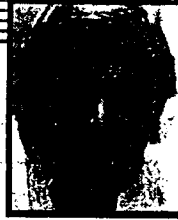


SALVADOR
JIMENEZ

Correo desde el Mediterráneo

Cuando mis versos ya no son míos

Traigo el corazón convaleciente y un mucho estremecido, como si regresara de un viaje feliz, de una estancia en el país de las maravillas. Vuelvo enriquecido, sabiendo más de muchas cosas, con más luz en la inteligencia y la sensibilidad más alerta. Ha sido una vivencia inolvidable, una experiencia emocionante y tan llena de sobresaltos, que no sé muy bien cómo acertaría a contársela a los demás ni siquiera cómo explicármela a mí mismo para mejor saborearla en todo su alcance.

La alegría es personal pero su importancia pertenece a la poesía y, por eso, debe decirse a todos. Se resume en pocas palabras pero ofrece pasto abundante para algunas serias cavilaciones. Unas alegres bandadas de niños, de niños y niñas, que tienen sus aulas abiertas en torno al Mar Menor, han hecho suyos mis versos y se han apropiado de mis poemas. Mi libro, "Papel de Leja" les pertenece ya por entero y por derecho propio. Bendita y dichosa sea la inesperada incautación. No es solamente que se hayan aprendido

mis poemas de memoria, que ya sería de por sí una bella cosa, sino que se han dedicado con ilusión y gusto, derrochando su inmensa e inocente energía, a dibujarlos y colorearlos con lápices, tintas y ceras; a ponerlos en papel, tela y plastilina; a darles relieve en collages y barro; a representarlos escénicamente, con expresión corporal y a acompañarlos con música de percusión. No creo que un poeta pueda aspirar a más ni que haya nada mejor. Uno escribe unas palabras, en renglones cortos y, sin pretenderlo ni saberlo, resulta que lo que era un pequeño verso se convierte en un fruto espiritual, en un maná sensible y nutritivo, en pan de mucha miga. El poema ha valido de núcleo desencadenante de una serie de asociaciones y ha bastado la energía atómica contenida en un solo verso para provocar unas secuencias sugestivas, aclarar y desarrollar unos conceptos abstractos y expresarlos en imágenes simbólicas. La raíz del lenguaje es irracional y de carácter mágico, enseña Borges y eso lo saben bien los niños a quienes no se puede

engañar con rипios de gallinas papanatas ni tontas ocurrencias.

Como un párvulo más, acudí al Colegio de San Javier y allí, con sus maestras, Mary Carmen Manrubia y Lola Martínez Saura, me senté en el suelo alfombrado, con los niños en corro. Recuerdo muchas caras y algunos nombres: Esperanza, Joaquina, Celia, Irene, Judith, Antonio, Carlos, Victorio. Eramos amigos sin saberlo. Ellos querían conocer al poeta, verlo en persona, acercarse y tocarle, preguntarle, sonreírle, saber quién había detrás del hombre Salvador Jiménez que nombraban a diario. Estaban ese día trabajando, con mucho entusiasmo, un sencillo poema que dice:

Como cerezas

mis manos se enredaban
entre sus trenzas.

Habían salido, antes, al campo a buscar cerezas. Las habían traído y mirado atentamente; manoseado y descubierto sus colores y tacto; las habían colgado de sus orejas, como pendientes y se las habían comido. Luego se hicieron redondos, como cerezas, primero cada uno, después unidos, hasta for-

mar un pomo. Y habían murmurado una música, como un viento leve y fugitivo, entrelazando sus manos, convertidos sus dedos en madeja ondulante. Otro día salieron a recoger espigas de trigo y amapolas, acudieron a oír el canto de los pájaros, visitando una carpintería para ver cómo se hace una ventana y una puerta. Así aprendieron lo ancho y lo estrecho, lo suave y lo áspero, lo que está cerca y lo que queda lejos. Y así, partiendo de uno de mis poemas, llegaban a las ciencias naturales o la historia, a la geografía y hasta la matemática. El ritmo, la melodía del poema, encontraba correspondencia natural e inmediata en su vibración personal, en su íntima sensibilidad.

Más de treinta maestras de los Colegios de San Javier, La Ribera, Lo Pagán, San Pedro de Pinatar, Llano del Beal y otras pequeñas aldeas, han trabajado en seminario en la aplicación de una metodología que ha conseguido mágicos y lógicos resultados en su propuesta de educación integral y creatividad. No siempre la burocracia ha entendido la trascendencia de esta

hermosa tarea. Pero los niños han crecido en alegría y en conocimientos y manejan, como algo natural, un vocabulario que sorprende a sus propios padres. Las maestras confiesan que son las que más han aprendido. Y es que no acabamos de querer entender que los niños son nuestros maestros.

Al final, como clausura de curso, se han expuesto los trabajos, los murales, adornados por tiras de papel de leja con pájaros azules pintados por los niños en la ceneña. José María Galiana acudió a cantar los versos. Fue un día feliz que hizo más grande la alegría porque éramos muchos a compartirla. No sé echar bien las cuentas pero son cuatrocientos o quinientos niños de los parvularios, con edad que no alcanza los cinco años, los que se saben mis versos, esos que ya son suyos. Ellos me dicen que soy poeta; dentro de veinte o treinta años, muchos seguirán diciendo algunos versos míos, aunque yo me haya ido. Y seguirán los pájaros cantando. Y el poeta quedará en la mejor antología, la de la vida, como un superviviente.